

pues ya podemos volver á darle este nombre, puesto que él estaba decidido á volverlo á tomar, — por qué pues Hércules no había dado cuenta inmediatamente á la justicia, revelándole estos hechos que podían servir para probar la inocencia de la condesa y salvar á su desgraciada prima?...

Porque Matifay era muy fuerte, y él muy débil; porque no habiendo visto volver á José de su arriesgada expedición, debía creer que había tenido la misma suerte que su amo, y se hallaba sepultado en el abismo sin fondo de las horna-gueras; porque habían sido arregladas por Matifay las pruebas con tal arte y astucia diabólicas, que la opinion era enteramente desfavorable á la condesa Elena; y porque, en fin, la declaracion aislada de Champion no habría tenido mas que un resultado muy posible: el de hacerle condenar como testigo falso, y aun como cómplice en el crimen.

Y en este caso, ¿quién habría velado sobre la pobre niña Blanca de Rancogne, entregada al cuidado y bajo la tutela de Matifay, su mas cruel enemigo?...

La infortunada condesa Elena lo sabía bien, y si ella pudiese salir de la tumba, proclamaria en alta voz la inocencia y la abnegacion de ese modelo de parientes y de amigos que se llamaba Hércules Champion.

Diria cómo ella misma había exigido que no se comprometiese al querer defenderla mas enérgicamente; diria cómo le había suplicado y rogado, hasta ponerse de rodillas, que no se perdiese por causa de ella, á fin de que, quedando libre, pudiese velar sobre su hija.

Por desgracia, no había podido cumplir hasta el fin con esta sagrada mision. Habiendo sido acusado falsamente, viéndose comprometido, arruinado por Matifay, se había visto precisado á salir de Francia, so pena de ser deshonrado él mismo por una condena infamatoria.

Mas á pesar de eso, no había dejado de velar desde lejos sobre la suerte de la huérfana; y por un prodigio de perseverancia, él y Toinon, los únicos amigos oscuros y adictos á la familia de Rancogne, habían conseguido llegar á descubrir á la niña abandonada. Esta niña vivia en París en la última miseria, bajo la tutela de un grosero italiano llamado el signor Chinela.

Al llegar aquí, se complicaba la fabulosa historia de Champion.

Cuando estaban en visperas de librar á Blanca de aquella odiosa tutela, y de reunir las pruebas de su identidad, confundiendo á Matifay bajo el abrumador peso de su incontestable evidencia, se habían encontrado con un obstáculo imprevisto y misterioso, los tres caballeros interesados por la familia de Rancogne: este obstáculo era un M. José de la Cruz, que aspiraba á apoderarse de los millones del banquero.

Por eso era por lo que había desaparecido la Pippione, sin que hubiese sido posible el volverla á encontrar, ni á rastrear su pista; y esto era porque si no hubiese desaparecido, la fortuna del baron, segun los términos y vias legales, habría vuelto á recaer sobre la heredera legitima, y Matifay, al casarse con la señorita de Puysaie, no habría podido dotala como lo hizo. En una palabra, M. José de la Cruz, que

por sus intrigas y manejos había conseguido hacerse amar de la señorita Cipriana, no habría podido casarse sino con una jóven pobre, en lugar de casarse con una opulenta viuda millonaria...

Segun se ve, la fábula de Champion estaba unida por muchos hilos á la trama.

La novela que había compuesto Champion estaba arreglada de tal manera, y era un conjunto de hechos falsos con hechos verdaderos tan bien entremezclados y unidos entre sí, que era muy difícil, si no imposible, el poder distinguir los unos de los otros á primera vista.

Por lo que concernia á José, á aquel jóven y animoso defensor del honor de Rancogne, Champion, cuyo desinterés en este caso era manifiesto, puesto que nada tenia que ganar en el negocio, dejaria hablar á las pruebas que tenia entre las manos, pruebas mas elocuentes que todas las afirmaciones y declaraciones que pudiesen hacerse.

Los documentos en cuestion probaban de una manera irrecusable y categórica, que ademas de la rama mayor de los Rancogne, rama que se había extinguido con la muerte de Jorge, de su hija Blanca y de su hermano Octavio, existia aun una segunda rama, representada por Guillermo, el segundo hijo del conde Juan.

Este Guillermo había hecho un mal casamiento, é incurrido por eso en la cólera y desgracia del conde Juan, su padre. Despedido de la casa paterna por su mismo padre, no se había vuelto á oír hablar mas de él.

Pero resultaba que había vivido mucho tiempo aun despues de la maldicion paterna; que había dejado un nieto, y que este nieto era José.

Todo estaba perfectamente comprobado en aquellos documentos que no daban lugar á la menor duda: 1º por el testamento de Guillermo, que no era conocido mas que bajo el nombre del Biassou, en toda la comarca; 2º por su fé de bautismo y su partida de casamiento con Juana; y 3º en fin, por las partidas de bautismo y de casamiento del padre de José, que había muerto jóven, y por la partida de bautismo del mismo José.

Todas estas piezas eran las que Champion había encontrado en el oratorio, encerradas en el pliego dirigido al José verdadero, las cuales iban á servir para probar la identidad del falso José, es decir, de José Maria Tarantas.

Este se hallaba completamente despejado. Escuchaba con la mayor atencion y calma todos los detalles que le daba el hombre de negocios, y se los grababa en su memoria.

Conocia perfectamente la enormidad de la infamia de que iba á hacerse cómplice; pero se trataba de su madre, de «la vieja», como él la llamaba, á quien se iba á poner á la puerta de su propia casa, de su último asilo, en el caso que no accediese á las proposiciones de Gigant, y no se conformase con sus órdenes.

Veía ya á la pobre ciega apoyada en un palo, tropezando y encorbada con el peso del morral lleno de mendrugos, y extendiendo su mano arrugada, de puerta en puerta, para recibir una limosna. Y por el contrario, obedeciendo aquellas órdenes, Tarantas volveria á rescatar las tierras y las

alquerias, y todo lo demas; la pobre anciana volveria á tener su carricoche pintado de verde como antes, para ir en él los domingos á la iglesia, y moriria tranquila en la cama grande con colgadura y dosel, en donde había nacido.

En cuanto á él, que sabia la fuente impura de donde procedia aquel dinero, no llegaria á mancharse sus manos con él; y ya que para salvar á su madre era preciso cometer un crimen, lo cometeria, pero no se aprovecharia de él. Se haria justicia á sí mismo. Habria un cadáver mas arrastrado por las fangosas aguas del Sena, ó una cabeza mas con la tapa de los sesos abierta, ¿qué importaba eso?

Se oyó en la calle el ruido de un coche, ruido poco acostumbrado á oírse en ella.

Toinon entreabrió la ventana y se inclinó hácia fuera para observar, y dijo á Champion:

— Él es.

— En ese caso, respondió vivamente el hombre de negocios á Tarantas, entrad aquí en este cuarto, medidad bien vuestro papel, y dejadme á mí dar el primer golpe.

Toinon había salido á recibir al conde, y volvió á entrar casi en seguida con él.

Loredano miraba con aire asombrado á los dos hombres, cuyas fisonomías le eran completamente desconocidas.

— ¿A quién tengo el honor de hablar? preguntó al fin.

Gigant le indicó un asiento, y respondió con la misma soltura:

— Debeis haber leído nuestros nombres en la confesion de vuestro señor yerno. Mi amigo es el doctor Toinon, y yo me llamo Hércules Champion.

LIX

EL ALMA DE MATIFAY.

(CONTINUACION Y FIN.)

Dos horas despues, el conde Loredano de Puysaie se despedia del doctor Toinon y de Hércules Champion.

El primer exámen superficial que hizo de los papeles que le exhibieron, le bastó para asegurarse de la autenticidad de aquellos documentos; pero dejaba para el dia siguiente el estudiarlos mas á fondo.

Había quedado convenido que el mismo falso José, acompañado de Toinon y de Hércules, iria á llevarse los.

— ¡Vamos, vamos! exclamó Champion luego que se cerró la puerta cuando se marchó el conde; la primera partida está ganada.

— Sí, pero ¿la segunda?... contestó Toinon con ansiedad.

— La segunda, replicó Hércules con aire tranquilo, la jugaremos mañana, así como la moza, y las ganaremos.

Mientras tanto, el conde se volvia á su casa muy pensativo, á consecuencia de las singulares confidencias que acababan de hacerle.

Para poder meditar mas libremente, bajaba á pié la calzada de los Campos Eliseos. La relacion que Champion le había hecho no estaba en contradiccion con la confesion de Matifay mas que en un solo punto.

Es verdad que este punto era capital.

¿Cuál de estas dos aserciones era la verdadera? ¿la de aquel culpable en los momentos de ir á presentarse ante la presencia de Dios, ó la de Champion, que al descubrir tan claramente la identidad de su persona, arriesgaba su cabeza?

La inocencia sola es capaz, — á lo menos él lo creia así, — de hacer semejantes calaveradas y tener tanto atrevimiento.

Pues en la inocencia ó en la culpabilidad de Champion era en donde estaba el nudo de la dificultad.

Siendo inocente, su conducta era clara, dignas de crédito sus aseveraciones, y el conde no tenia ya mas que hacer que restituir por medio de Cipriana al último descendiente de los Rancogne la fortuna robada por Matifay.

Sin embargo, por mas que el conde se esforzaba en persuadirse que si Champion y Toinon fuesen culpables no vendrian á entregarse bruscamente ellos mismos; á pesar suyo, le quedaba siempre una duda en su espíritu turbado, y se hacia esta otra pregunta, mas difícil de resolver que la primera:

— ¿Por qué, se preguntaba, Matifay que iba á morir habría dicho toda la verdad sobre lo que le concernia personalmente, y habría mentido respecto á los demas?...

Ya había llegado al frente del palacio, y no había podido encontrar todavía la solucion de ninguno de estos dos problemas.

Ya no contaba para ilustrarse mas que sobre los incidentes que pudiesen resultar de la entrevista del dia siguiente, ó sobre una de esas inspiraciones repentinas que atraviesan el espíritu como un relámpago y lo iluminan, por decirlo así, con una revelacion repentina en los momentos mismos en que se halla mas vacilante y dudoso.

Delante de la verja del palacio se había formado un grupo muy animado.

Lepine gesticulaba con gran vivacidad en medio de aquel corrillo, y todas las miradas estaban fijadas sobre un punto determinado de la masa negra que formaba el edificio.

En la pared había abierta una especie de ventana semejante á la tronera ó aspillera de una muralla, y completamente disimulada y oculta durante el dia por una espesa capa de yedra; y por entre esta abertura ó rendija se veía brillar una luz pálida y vacilante como si fuese á extinguirse.

Era aquella luz misma que en la vecindad llamaban el alma de Matifay.

En el momento en que Loredano se acercaba al grupo, oyó á una mujer que exclamaba:

— ¡Cuando yo os digo que es su alma que pide oracio-

nes!... ¡ah! estoy bien segura que no se apagará hasta que le manden decir misas.

— Chit... dijo otra mujer, que está ahí oyéndonos el señor conde.

Y todos se callaron.

Loredano se acercó al grupo, en medio del cual había reconocido á Larose, y dirigiéndose á él con aire severo, le dijo:

— ¿Me explicareis lo que significan esos corrillos?

Larose no respondió palabra, pero con el dedo señaló la luz misteriosa.

— En efecto, dijo Loredano que no la había apercibido todavía; eso es extraño, ¿de dónde puede venir esa luz? Yo no sé que haya abierta ninguna puerta ni abertura en esa parte del palacio.

Larose balbuceó algunas palabras á media voz.

— ¿Verdaderamente? exclamó Loredano estremeciéndose. No digáis una palabra á nadie acerca de eso; venid acá y contadme lo que vos habeis visto y oído.

Hablando así había entrado por el parque, cuya verja volvió á cerrarse, seguido de Larose.

— Vamos á ver ahora, dijo el conde á Larose, ¿qué historia es esa?

— No es una historia, respondió Larose, cuyos dientes titaban de miedo, es la verdad pura. En primer lugar, el señor conde comprenderá desde luego que esa luz, por lo menos, no es un cuento; pues que el señor conde adivine si puede de dónde viene esa luz.

Hace un mes que todas las noches se enciende; nosotros hemos andado registrando por todas partes sin poder descubrirlo.

Al oír estas palabras de Larose, el conde se puso á reflexionar.

— En efecto, dijo despues de un momento, examinando atentamente la fachada, y creo que haciendo concordar el plano interior de los edificios con su forma exterior, para que esta luz fuese explicable, sería menester que la abertura por donde sale estuviere abierta en el cuarto mismo del baron.

— Pero el señor conde sabe como yo, replicó con aire de suficiencia Larose, que el cuarto del difunto señor baron no tiene ventanas por ese lado.

— ¡Es cosa muy singular!... muy singular... dijo entre dientes el conde.

Despues, alzando la cabeza de repente y encarándose con Larose, le dijo:

— Segun algunas palabras que se os han escapado ahora mismo, me hace suponer que sabeis algo mas que lo que me habeis dicho.

Larose no era un cristiano de los mas fervientes, pero era medroso; se santiguó y, despues de haberse armado con la señal de la cruz contra los fantasmas, dijo:

— Sí, señor conde.

— Vamos, ¿qué es lo que sabeis? despachaos, hablad, dijo Loredano con impaciencia.

— Yo sé... yo sé... tartamudeó el ayuda de cámara, que

hay alguien que viene al cuarto del difunto señor baron; esto es lo que yo sé.

— ¡Bah! exclamó el conde en un tono algo burlon, y ¿cómo habeis llegado á hacer ese descubrimiento, M. Larose?

— ¿Exige el señor conde que se lo diga?...

— Ciertamente que sí.

— Pues bien, entonces se lo diré: Esta noche se han apagado las luces de la cámara mortuoria, segun las órdenes del maestro de ceremonias. A eso de las nueve todo estaba á oscuras, y entonces he subido al cuarto del señor baron.

— ¿A las nueve? preguntó sorprendido el conde, ¿qué ibais á hacer allí?

Felizmente para Larose, la noche, aunque no muy oscura, no permitía distinguir bien las fisonomías, pues de otro modo el conde no hubiese podido menos de advertir que al hacer aquella pregunta, se le habían subido á Larose los colores al rostro.

— Iba á ver, respondió con bastante embarazo, si por casualidad no habían dejado allí olvidada alguna cosa.

— ¿Sobre las mesas, ó en los cajones?... vamos, continuad, Larose, que vuestra relacion empieza á interesarme.

— Entonces, — y esta vez, al recordar lo que iba á decir, empezaron á temblar sus piernas y tambalearse como si fuesen cañas fuertemente sacudidas por el viento, — entonces, apenas había abierto la puerta y cuando andaba tentando para buscar un fósforo ó una bugía, oí de repente un gran suspiro, una especie de quejido que salía del lado en que estaba el lecho del difunto señor baron.

— Hé ahí como es bueno el tener la conciencia tranquila cuando se entra en el cuarto de un muerto, dijo irónicamente el conde.

Larose, sin haber hecho, al parecer, gran caso de esta observacion, prosiguió:

— Mi primer movimiento fué el de tirar el candelero que había conseguido encontrar, y echar á correr; pero como no continuaban gimiendo, yo me dije: ¡Bah! esto es una tontería, es menester saber qué es esto; y encendí la bugía.

— Y bien, ¿qué es lo que visteis? exclamó Loredano, á quien empezaba á interesar este cuento, á pesar suyo.

— ¡Oh! no ví nada, absolutamente nada. Miré por debajo de la cama, por debajo de los muebles, en los armarios, en fin, por todas partes, pero inútilmente; mas cuando despues de haber hecho mi registro iba á retirarme, lo volví á oír muy cerca de mí.

— ¿El qué?... ¿á quién? preguntó vivamente el conde, cuyos nervios empezaban á impresionarse.

— ¿Es que lo sé yo?... á él, al suspiro; un suspiro sordo, ahogado, espantoso... solo de acordarme se me erizan los pelos y me da un sudor frio.

Ademas, hace ya mucho tiempo que pasan cosas muy originales en la casa.

El señor baron estaba hablando continuamente de un



— ¡Habeis venido, Cipriana!... ¡habeis tenido confianza!... ¡gracias, gracias!...

fantasma que decía estaba viendo á su lado, y á mi se me figura que debía ser ese fantasma que veía el señor baron, el que suspiraba.

— Bueno, bueno; dejemos todos esos comentarios á un lado, dijo Loredano algo fastidiado por aquellas bachelierías. Os encargo que no habeis á nadie mas que á mí de vuestros espantos, porque con esos cuentos de aparecidos y de muertos trastornarais á todo el mundo en la casa. Si hay fantasma, ya lo veremos.

Id á mi cuarto, tomad algunos libros, los chismes de escribir, una lámpara, y llevádmelo todo al cuarto del baron. Ya veremos si los señores duendes y fantasmas vienen á suspirar á mis oídos y á divertirse conmigo.

— ¡Cómo! ¿se atrevería el señor conde?... exclamó Larose tiritando de miedo.

— Andad y haced lo que os digo, le contestó Loredano en un tono que no admitía observaciones ni réplicas.

Larose fué á cumplir el encargo, y mientras el conde iba tras de él con paso menos presuroso, pensaba:

— ¿Si será verdad lo que dicen esas gentes?... ¿si les será permitido á las almas el volver á este mundo para vigilar la ejecucion de sus voluntades últimas?... ¿si iré yo á recibir un consejo del alma misma de Matifay y á saber la verdad, para poder salir por este medio supremo y sobrenatural del trance en que me hallo?...

Cipriana se hallaba sentada en el banco de mármol del invernáculo y estaba aguardando.

Se oyeron los pasos de alguno que caminaba con precaucion sobre la fina arena del invernadero; al oírlo, Cipriana se levantó y se encontró con M. José, que, doblando á medias su rodilla delante de ella, le dijo:

— ¡Habeis venido, Cipriana!... ¡habeis tenido confianza!... ¡gracias, gracias!

— No hay por qué darme gracias, porque yo no tengo ningún mérito en creer en vos. La fé no se ordena, se impone; y yo tengo esa fé.

— ¡Alma querida! exclamó M. José, á la que ni la aparente indignidad de mi conducta, ni el involuntario misterio de mis respuestas han podido turbar!... Habeis permanecido tranquila y confiada en el regazo de vuestra propia conciencia, y como sois incapaz de hacer traicion, no podeis concebir que se os la haga.

No, Cipriana, santa querida, no sereis vendida ni engañada; haceis bien en apoyaros en mi brazo, porque este brazo no desfallecerá si fuese necesario defenderos. Teneis razon en creer en la sinceridad de mi corazon, porque este corazon no sabe mentir y no hay en él ninguna de sus fibras que no palpíte por vos, ni una sola gota de la sangre que contiene que no la derramase por vos con gusto y con delicias.

— Ya lo sé, dijo Cipriana con sencillez, lo sé, José, y porque estoy segura de ello, por eso yo tambien me he entregado á vos, sin ninguna segunda intencion, del mismo modo que vos os habeis entregado á mí.

A donde me llevais, yo lo ignoro: ese secreto es el vuestro, y no el mio. Vos sois mi señor y mi dueño; me lo revelareis cuando me creais bastante fuerte para guardarlo y bastante digna para conocerlo.

Hasta ese dia, amigo mio, ordenad y yo os seguiré y obedeceré, aun cuando lo que exijais me parezca incomprendible. Con vos, José, mi corazon no discute, obedece; y no razono, tengo fé.

El aire era suave y las estrellas brillaban en los incommensurables espacios de un fondo de azul oscuro.

Él y ella habian salido dominados ambos por el mismo éxtasis, embriagados por el mismo sentimiento de ternura, como dos palomos en su nido movedido colocado en las estremidades de la rama de un árbol.

Marchaban pensativos y encantados bajo las amistosas miradas de los ángeles y de los astros, y por encima de sus cabezas brillaba con su blanco resplandor la estrella Venus.

Caminaban sin ruido y silenciosos por el laberinto del parque, buscando los sitios mas sombríos, pero gozando de su mútuo silencio; silencio estático y expresivo que permitía á sus corazones el comunicarse sus reciprocos sentimientos de gozo y alegría.

José fué, sin embargo, el primero que rompió este silencio, diciéndola:

— Cipriana, á partir de esta noche, sois mi mujer delante de Dios. Teneis derecho para leer en el libro de mi vida, como yo he leído en el de la vuestra. No haya ya mas misterios entre nosotros, no haya ya mas secretos...

Cipriana le interrumpió vivamente.

— No es por eso por lo que yo he venido. Me he afligido mucho al pensar que hubieseis podido abrigar la idea de que yo dudaba de vos en lo mas mínimo, y para deciros que no la tenia, es por lo que he venido.

Guardad, pues, ese secreto, si es útil el que yo lo ignore; os repito que las apariencias no me hacen á mí nada, por-

que leo en vuestro corazon tan claramente como pudiera hacerlo en el mio. Veo en él una completa abnegacion, una ternura protectora que no se ha desmentido nunca y que no se desmentirá; ¿qué necesidad tengo yo de saber mas?

Estrechándola él contra su pecho, le replicó:

— ¿Pero si yo tuviera necesidad de decirtelo... si no pudiese ya llevar yo solo la carga de mi soledad y de mi tarea, y su peso se me hiciese insoportable... si quisiese repartirlo... y si me fuese, en fin, en extremo penoso el tener algo secreto y desconocido para tí?...

— ¡Oh! en ese caso, dilo todo, exclamó ella, dilo todo, si; yo estoy dispuesta á oirlo, y sea de la clase que quiera la revelacion que me hagais y por penosa que sea, está convenido que no me hará cambiar en nada, y que nunca me impedirá el amarte.

Otra pálida estrella, la luz del oratorio, enviaba su amortiguado reflejo por entre las espesuras del follaje.

José se la mostró con la mano á Cipriana admirada.

— No soy yo el que descubrirá ese secreto, le dijo: será ella, la que está orando y llorando allá arriba; la que nos ha protegido, sostenido, salvado; aquella á quien somos deudores de este momento de felicidad completa; aquella, dentro de algunos momentos, va á abrirte los brazos y á llamarte su hija, como ya me llama á mí su hijo; la protectora, en fin, de todos aquellos que sufren, el consuelo de todos los que lloran: la condesa de Monte-Cristo.

Sí, ella es la que te revelará ese secreto, porque es un secreto que solo á ella pertenece y que solo ella tiene el derecho de descubrir y de rasgar el velo.

¡Ah! ¡si supieras cuán pesado me era el guardar silencio!

Cuando te he visto atormentada por la duda, por el dolor, por la angustia, ¿crees que no he padecido yo tambien contigo?

Una sola palabra habria bastado para que todos nuestros sufrimientos desapareciesen y tú pudieses ver claro en tu vida como en la mia, entrando en seguida en el bendito puerto del amor.

Pero ella lo queria así, y era preciso obedecer.

Hoy iremos á verla, y yo le diré:

— ¡Madre! aquí traigo á vuestra hija, abridle vuestra alma, descubridle en toda su sublimidad la obra que os habeis impuesto. Y entonces estoy cierto que ella hablará, y vos conoceréis, Cipriana, la razon de mi conducta y mi silencio para con vuestro padre; entonces podreis ser para con él la garante de mi honor.

Habian vuelto á entrar en el invernáculo, y José conducía á Cipriana con paso rápido hácia la escalera secreta del oratorio.

Subieron de dos en dos los escalones, porque José estaba presuroso de llegar.

Pero cuando llegaron arriba, se encontraron con el obstáculo invencible de hallar la puerta cerrada.

Aquella puerta tenia un secreto que nadie mas que él conocia; era un boton oculto y disimulado en las molduras que correspondia á un timbre interior.

Por medio de él era como avisaba á Elena siempre que sucedia algun acontecimiento extraordinario é inesperado que exigiese su presencia, durante los largos encierros que ella se imponia voluntariamente algunas veces.

Como José no habia abusado nunca de esta señal, la condesa habia respondido siempre á ella; pero ahora, por mas que M. José hacia vibrar el timbre, nadie se movia en el oratorio.

Una vaga inquietud se apoderó entonces de su corazon. Dió fuertes golpes con los piés, con las manos, en la puerta forrada con una plancha doble de hierro, pero todo inútilmente.

— ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó enjugándose el sudor que humedecía su frente, ¿qué ha ocurrido aquí dentro?

Se volvió á bajar corriendo al jardin, y miró hácia la lumbrera del oratorio.

Veíase brillar todavia la luz, pero con un resplandor tan débil que apenas se la distinguia.

En seguida aquella luz se amortiguó, volvió á brillar con un vivo resplandor durante algunos momentos, y por último desapareció como si alguno la hubiese apagado de un soplo.

La inquietud de José entonces ya no conoció limites.

Ya no era solamente porque la condesa de Monte-Cristo hiciese sus revelaciones á Cipriana por lo que José queria entrar allí arriba, sino que entreveia un peligro terrible y desconocido, tanto mas espantoso cuanto que no podia presumir de qué especie seria aquel peligro.

No se daba cuenta del por qué tenia miedo: pero lo tenia.

Era preciso entrar en el oratorio.

Pero ¿cómo?

Aun sirviéndose de una palanca, de una estaca ó de un instrumento cualquiera, José sabia que la puerta resistiria á todos los esfuerzos que se hiciesen para forzarla, pero mucho mas no teniendo á la mano ninguno de esos instrumentos.

Por una anomalia y natural contraste, cuanto mayor era su conviccion de la imposibilidad de forzar la puerta y de penetrar dentro del oratorio, tanto mayor era su deseo de hacerlo.

De repente le vino una idea á la imaginacion.

El espejo del cuarto del baron era un obstáculo menos invencible y resistente que la puerta forrada de hierro.

Aun suponiendo que desde el cuarto del baron no se pudiese hacer jugar el resorte, quedaba el recurso de hacer pedazos el espejo con lo primero que se presentase á la mano.

Si el jóven se hubiese parado á reflexionar un poco, no se habria arriesgado á ejecutar una locura de semejante especie.

¿No le habia prohibido formalmente Elena el que tratase de volver á entrar en el oratorio? Si ella no habia respondido á la señal de José, por repetida é importuna que hubiese sido, á lo menos habia apagado la lámpara, lo que probaba claramente que no queria abrirla.

M. José hubiera debido hacerse estas reflexiones, pero no se las hizo.

Aquella voz superior que no se quiere oír, y de la que no se hace caso muchas veces, que se llama el presentimiento, hablaba mas alto que su razon, y le decia:

— Es preciso que entres ahí á toda costa y de cualquier manera.

LX

LA VELADA DEL MUERTO.

En el mismo momento en que José y Cipriana pasaban desde el invernáculo al parque, M. de Puysaie se instalaba en el cuarto del baron Matifay.

El cadáver seguia acostado en su suntuoso lecho de parada, pero los cirios estaban apagados, y se habia cubierto el rostro del difunto con una punta del paño mortuorio.

El conde puso la lámpara sobre la mesa, y se sentó justamente en el mismo sitio en que Matifay habia escrito su confesion el dia anterior.

Este recuerdo volvió á hacer pensar á Loredano en todas las dudas que le habia hecho olvidar por un momento la singular y extraña confidencia de Larose.

¿Cuál de los dos mentía, Champion ó Matifay, cuyas relaciones de ambos coincidían con tanta exactitud en casi todos los puntos y detalles?

Hay ciertos momentos en la vida en los que, por despreocupado que uno sea, se halla dispuesto á dejarse dominar y admitir algunas creencias sobrenaturales.

Lo lúgubre del lugar y la hora, aquella vasta pieza cubierta de colgaduras negras sembradas de lágrimas de plata sobre las que venia á reflejarse la luz de la lámpara, aquel cadáver, cuyos miembros rígidos y angulosos empezaban á dibujar sus formas debajo el paño del catafalco, la impresion fantástica, aunque involuntaria, que habia hecho en su imaginacion la vista de aquella luz que no sabia de dónde procedia, y la relacion del ayuda de cámara, todo contribuia á predisponer su espíritu y hacer nacer en él una turbacion particular.

No era esto terror, seguramente; era una especie de ansiosa curiosidad, la certeza inconsciente de que iba á suceder alguna cosa que ignoraba, y el deseo vehemente de que esta cosa llegase á suceder.

¿Quién sabe las ideas extrañas que cruzan á veces por nuestra cabeza?

El cuerpo del baron iba quizás á enderezarse en su lecho, se abrían sus labios mudos para hacer oír una voz que no tendria nada de humano, una voz del otro mundo, y acabaria de completar su confesion.

Loredano habia abierto un libro, pero no leia mas que